

Tercera charla:

LOS ORÍGENES DEL SÍMBOLO APOSTÓLICO (II)

*«Puesto que yo creo en el Dios vivo en su Cristo, cuyo sello ha
impreso en mí el Espíritu, aprendí a no temer nada, ni siquiera la muerte»
Niceta de Remesina*

I. RECAPITULANDO

En la primera charla sobre el Símbolo os hablé de la fe como gracia de Dios y como respuesta a la Revelación de Dios; y cómo, por esos dos motivos, la fe y sus contenidos dependen de la iniciativa de Dios y de su verdad.

Vimos también que la fe es la fe de los Apóstoles. Ellos fueron los testigos directos del acontecimiento “Cristo” y ellos los que recibieron el don del Espíritu Santo para penetrar en la verdad de Aquel que tuvieron delante. A partir de ahí, la comunión con Dios depende de la comunión con Cristo, y ésta de la incorporación a la fe apostólica.

Esta fe es el principio de la vida cristiana. Y siguiendo a Sto. Tomás enunciábamos los bienes que esta fe comporta: 1º, nos une íntimamente y realmente a Dios y hace de nosotros su templo; 2º, da comienzo en nosotros la vida eterna; 3º, es luz para dirigir la vida presente; 4º, vencemos las tentaciones

Quiero insistir en que esta fe es el inicio de la vida cristiana. Sin ella no hay nada. Estamos, pues, tratando de los fundamentos de nuestra existencia. Todo lo demás: virtudes, moral, vocaciones... Todo lo demás se fundamenta en ella y depende de su vigor.

En la segunda charla hablamos de los orígenes del credo, de cómo el símbolo bautismal de la sede de Roma se convirtió en el símbolo de todas las sedes del occidente latino y cómo llegó a ser considerado símbolo apostólico, el asunto de la leyenda sobre su composición y en qué sentido nosotros podemos considerarlo hoy con verdad símbolo de los Apóstoles, expresión de «la fe santa y apostólica», a través de la cual entramos en comunión con el misterio de Cristo y así en la comunión trinitaria (Cf. 1 Jn 1,1-4).

Hoy abordaremos cómo se fue amalgamando el contenido del Símbolo, lo que nos ayudará a entender los dos misterios principales que se cruzan en él, el misterio del Dios Trino y el misterio de Jesucristo. Lo que hoy digamos tiene que ayudarnos, sobre todo a percibir que nuestra fe tiene una estructura trinitaria. Esta estructura trinitaria de la fe da forma, también trinitaria, al símbolo de la fe. Nuestro objetivo hoy es entender que nuestra fe es en fe en la Trinidad. Intentaremos hablar también de cómo la fe en la Trinidad de Dios es, al tiempo, fe en el Dios Único y Uno.

Seguimos también aquí el libro que ya os cité de Henri de Lubac, *La fe cristiana*¹. Sólo anotaré las referencias explícitas tomas de H. de Lubac, pero muchas otras ideas no literales están tomadas de él.

II. PREDICACIÓN APOSTÓLICA Y CELEBRACIÓN DEL BAUTISMO

El símbolo de la sede de Roma, igual que tantos otros símbolos en las sedes de Oriente y de Occidente nació en el contexto de la celebración litúrgica del Bautismo y de la preparación al Bautismo. La preparación al Bautismo comprendía desde un primer anuncio del Evangelio, pasando por una explicación más exhaustiva de los misterio de la fe, hasta llegar a la celebración misma del Bautismo. Enseguida esta preparación se organizó en lo que se llamó el catecumenado, que era ya una realidad en muchas sedes en el siglo II y que se desarrolló en el s. III para alcanzar en el s. IV su máximo esplendor, por hablar en términos generales.

El caso es que el contexto en el que nace el símbolo es por un lado la predicación y la enseñanza apostólica y por otro la liturgia bautismal. Por eso hemos dicho desde el principio que el símbolo Apostólico era un símbolo bautismal. Así, la fe que se comunicaba en la predicación y la enseñanza y la celebración del Bautismo dieron forma al símbolo bautismal. Veremos algunos detalles.

Una primera aclaración. Al hablar de «enseñanza apostólica» no nos estamos refiriendo a la predicación o enseñanza directa que los apóstoles hicieron en primera persona, sino también a esta misma enseñanza repetida por sus discípulos. Ese anuncio de los Apóstoles

¹ HENRI DE LUBAC, *La Fe Cristiana* (FAX, Madrid 1970). Aquí sobre todo el cap. II: «Símbolo trinitario».

es el testimonio de su fe: aquello que ellos han visto y han oído con la luz interior que el Espíritu Santo les daba de ello. Sólo quien aceptaba este testimonio era bautizado.

Pero volvamos a la afirmación principal: El testimonio de fe de los Apóstoles y el bautismo en la Trinidad fueron las dos fuerzas que dieron los contenidos concretos y la forma al símbolo bautismal.

1. LA PREDICACIÓN APOSTÓLICA

La importancia de la enseñanza apostólica (hechos e interpretación carismática de los hechos), ayudó a que desde el principio los contenidos principales de este testimonio adquiriese fórmulas más o menos fijas que resumían y fijaban los contenidos de dicho testimonio. Veamos algunos ejemplos de esta predicación y de sus fórmulas que se conservan en el N.T.

– **Hch 2, 22-39**: si observamos atentamente hay un gran paralelismo entre las dos últimas partes del símbolo y la predicación de san Pedro

[Creo] **en Jesucristo, su único Hijo**, nuestro Señor,

(“**Dios le ha constituido Señor y Cristo**” 2,36)

Que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de Santa María Virgen,

padeció bajo el poder de Poncio Pilato,

fue crucificado, muerto y sepultado,

(“**vosotros le matasteis clavándole en una cruz**” 2,23; y “**vosotros le habéis crucificado**” 2,36)

descendió a los infiernos,

(“**Dios le libró de los lazos del hades**” 2,22; “**ni fue abandonado en el Hades ni su cuerpo experimento la corrupción**” 2,31)

al tercer día resucitó de entre los muertos,

(“**A éste Jesús le resucitó**” 2,22; “**A éste Jesús Dios lo resucitó**” 2,32)

subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.

(“**exaltado por la diestra de Dios**” 2,33; “**siéntate a mi derecha**” 2,34);

Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

[Creo] **en el Espíritu Santo**,

(“**ha recibido el Espíritu Santo prometido y lo ha derramado**” 2,33; “**recibiréis el don del Espíritu Santo, pues la promesa es para vosotros y para vuestros hijos**” 2,39)

la santa Iglesia católica,

(iglesia - ecclesia = llamados: **El don del Espíritu Santo “es para vosotros y para vuestros hijos y para todos cuantos llame el Señor Dios nuestro”**; llamar: 2,39) Con lo que se ve

que la Iglesia depende tanto del Espíritu Santo que la conforma como de Cristo que otorga su Espíritu, como de Dios que llama a su pueblo.

la comunión de los santos,

el perdón de los pecados,

(“**Que cada uno se haga bautizar para el perdón de los pecados**” 2,39)

la resurrección de la carne

y la vida eterna.

El centro de esta predicación de Pedro es Jesús. Sin embargo lo que dice de Jesús está en relación con el Padre, que es quien ordena los acontecimientos, quién realiza la obra de la resurrección... y con el Espíritu Santo, que es entregado por el Padre a Jesús glorificado y es derramado por éste sobre la Iglesia (los llamados por Dios).

Conclusión: la persona de Jesús no sólo es el contenido de un misterio sorprendente (lo que hace de ella un ser realmente irrepetible: el Unigénito de Dios, Dios y hombre verdadero), sino que es el centro de un misterio que va más allá de su realidad personal y hace referencia, en primer lugar, a Dios Padre y al Espíritu Santo, esto es, a la Santísima Trinidad. Y, en segundo lugar, al hombre que es llamado, convocado, para recibir el Espíritu Santo y el perdón de los pecados; es decir es llamado a la cercanía de Dios.

– **Rm 10,9: «Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, te salvarás».**

- Antes de estas palabras ha hablado san Pablo de la fe que ellos (los Apóstoles) les predicaron, les ofrecieron, les hicieron llegar (la fe es la fe de los apóstoles).
- La fe tiene una dimensión que afecta a lo más profundo de la persona, no son meras palabras repetidas, no es una fórmula dicha sin afectación de lo más hondo de la persona, sin implicación de la inteligencia o de la voluntad, de la memoria, sin conmoción del afecto. A todo ese conjunto de dimensiones que están interrelacionadas en la realidad del hombre concreto, se refiere san Pablo con estas palabras: **«si crees en tu corazón»**. El corazón es para la Biblia es el «centro de la persona», no sólo del afecto.
- Pero la fe tiene una dimensión pública. Porque une a un pueblo concreto y porque este pueblo ha sido constituido para proclamar las maravillas de Dios. Una fe sólo interior, que no alcanza esta dimensión pública no es fe, puede ser un principio de fe, pero no aún la realidad que salva: **«si confiesas con tu boca»**.

Pero vayamos a los contenidos de la fe que muestra la cita de san Pablo, porque son los contenidos los que más nos interesan para comprender el Credo. Aquí los contenidos de la fe son dos: uno se refieren a un hecho, a algo que ha acontecido: que Dios resucitó a Jesús; y otro que se refiere al ser personal de Jesús: Jesús es Señor

- **«Dios lo resucitó de entre los muertos».** Lo primero que uno tiene que advertir es que la resurrección es el término de una vida, es decir que implica otras muchas cosas. La resurrección implica, al menos, una muerte verdadera, implica la cruz. En segundo lugar, este hecho de la resurrección pone en relación la persona de Jesús con Dios. Tal como decíamos antes, la centralidad de Cristo no es sino una puerta al misterio de Dios, del Dios que es Trinidad. En tercer lugar tanto esta afirmación como la siguiente están en relación con la salvación del hombre, lo que también se veía en la predicación de Pedro.
- **«Jesús es el Señor».** Esta confesión significa la identificación de un hombre, Jesús, con el Dios todopoderoso, el que había creado el cielo y la tierra, el que había elegido y conducido a Israel a lo largo de su historia, el que era Dios verdadero y no se confundía ni con los falsos dioses ni con nada creado. Esta confesión de fe que identifica a Jesús con Dios aparece desde el principio, así en el saludo de Isabel a María: **«¿Cómo es que la madre de mi Señor viene a mí?»**; o cuando tras la pesca milagrosa Pedro: **«Apártate de mí, Señor, que soy un pecador»**. Pero seguramente aún en estos casos quienes hacen la confesión no son capaces de comprender con toda profundidad lo que el Espíritu Santo les inspira. Sin embargo, la realidad de la resurrección tras la muerte, la victoria sobre la muerte, y una victoria definitiva, manifestada con la realidad del cuerpo glorioso, con la ascensión a los cielos y con el envío del Espíritu Santo, hará que los Apóstoles terminen por llevar hasta el final el significado de las palabras. Así se ve en la confesión de Tomás **“Señor mío y Dios mío”**. Así se ve también en la predicación de Pedro antes leída, que proclama que Jesús es Señor en relación con la resurrección. Pero nótese una cosa importante: 1) esta verdad se refiere al misterio del ser de Cristo, a lo que él es, no a sus obras o a lo que él hace por los hombres, sino a su misterio íntimo, aquello que le hace ser quien es; 2) esta verdad es percibida no en sí misma sino por su revelación a través de las obras, especialmente la de la resurrección.

Tenemos por tanto dos afirmaciones sobre el misterio de Cristo que hacen referencia a su ser íntimo, «es Señor», y a su vida, a sus obras, «resucitó», que como hemos dicho

implica, al menos la cruz. La fe sobre Cristo, implicará siempre estos dos elementos: unos hechos concretos que tienen como centro su persona y de los cuales hay testigos oculares; una realidad interior que en parte estos hechos manifiestan y desvelan pero que sólo la fe alcanza a comprender sin «agotarlos». Con el tiempo, durante el periodo de composición del NT y aún después, la Iglesia explicitará y comprenderá poco a poco cada vez mejor este misterio personal de Cristo. Y este misterio personal, desvelado para la fe en los acontecimientos de su vida («misterios»), será uno de los ejes centrales del símbolo.

– 1 Cor 15,1-5: **«Os hago saber hermanos el Evangelio que yo os prediqué, que habéis recibido y en el cual permanecéis firmes, por el cual también sois salvados, si lo guardáis tal como os lo prediqué... Si no, ¡habrías creído en vano! Porque yo os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, según las Escrituras, que se apareció...».**

Lo que san Pablo llama aquí «evangelio» es lo que nosotros podemos traducir por «fe apostólica», la que él predicó, la que es fundamento de la vida cristiana (en la cual –dice– permanecéis firmes), que otorga la salvación, que tiene un contenido concreto de verdad (si no lo guardáis tal como os la prediqué, habéis creído en vano).

Llama la atención que esta fe enseñada por san Pablo es el testimonio apostólico. Él no fue testigo directo de los acontecimientos de la vida de Cristo y el centro de su evangelio es por eso lo que él ha recibido como testimonio de los Apóstoles («os transmití lo que yo a mi vez recibí»). El centro de su predicación no es que Cristo resucitado le llamase a él en el camino de Damasco, sino el testimonio de lo que ha recibido de los testigos oculares a propósito de la vida de Cristo, donde él manifiesta su ser. Esta centralidad de los hechos de la vida de Cristo para san Pablo, no aparece sólo aquí, donde habla de lo que de forma “oficial” da a los suyos, sino que es lo que constituye también el centro de su vida espiritual, interior y personal: **«mientras vivo en esta vida mortal vivo de la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí»** (Gal 2,20). Su centro no es la visión del camino de Damasco, sino lo que ha recibido como testimonio apostólico: la muerte y la resurrección de Cristo, que son dos acontecimientos que iluminan su vida presente y abren su futuro.

Los contenidos concretos son cuatro: el centro es lo que hace relación a la vida de Cristo: muerte en cruz, sepultura y resurrección. Luego está aludida la causa: por nuestros pecados. Y la expresión «según las Escrituras» hace referencia a Dios: la expresión «según las Escrituras» viene a decir lo mismo que había dicho Pedro: «según el determinado

designio y previo conocimiento de Dios»; con lo que también aquí el misterio del acontecimiento de Cristo es visto desde Dios.

Los tres ejemplos que hemos traído muestran los contenidos fundamentales de la predicación apostólica, cuyo centro es Cristo y que pasará al Símbolo. Pero si la primera predicación de los Apóstoles, la que se dirige a los que aún no han dado fe, se centra en la persona de Jesús, su misterio como ya hemos dicho, abre a la Trinidad. Las relaciones de la persona de Jesús con el Padre y el Hijo se explicitarán en la enseñanza posterior que reciban de los Apóstoles quienes hayan dado fe a este primer anuncio. Podríamos examinar otras citas que muestran estas relaciones entre el misterio de Cristo y las otras personas de la Trinidad. Hacemos aquí mera relación de alguna de ellas.

1 Cor 12,1ss.

2 Cor 13,13: «**La gracia del Señor Jesucristo y el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros**»

1 Pe 1,2: «**Pedro, apóstol de Jesucristo, a los que peregrinan en la diáspora del Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos según la presciencia de Dios Padre, mediante la santificación del Espíritu, para obedecer a Jesucristo y ser rociados con su sangre: gracia y paz en abundancia para vosotros**»

Cf Ef 2,18

Por tanto, las fórmulas cristológicas del primer anuncio abren ya al misterio trinitario y se complementarán con una enseñanza trinitaria posterior. En las cartas de san Pablo podemos contar al menos una veintena de pasajes trinitarios, que son una muestra de esta enseñanza. No podía ser de otra forma porque tanto el misterio cristológico como el trinitario se implican mutuamente y afectan decisivamente al hombre. Lo diremos con palabras de Henri de Lubac: «El misterio de la Trinidad, que ilumina el misterio de la existencia humana está contenido —todo él— en el misterio de Cristo [...] En Jesucristo se abrió el Corazón de Dios [...] “Amaneció un día que no terminará ya nunca. Llega hasta nosotros desde la oscuridad de Nazaret, y nos alcanza a través de los siglos: nos arrastra más allá de todos los tiempos..., hasta llevarnos al Centro mismo de la verdad. La esperanza ha comenzado ya: y ya nunca podrá terminar” »².

² HENRI DE LUBAC, *La Fe Cristiana* (FAX, Madrid 1970) 13-14

El caso es que tanto el misterio cristológico como el trinitario se cruzarán y estructurarán el símbolo. Esa composición tomará los contenidos de la «predicación apostólica» y los estructurará en torno a la fórmula bautismal.

2. LA CELEBRACIÓN DEL BAUTISMO

Vayamos ahora a la celebración del Bautismo. La primera cosa que debemos decir es que desde el principio el Bautismo lo es en la Trinidad. Esto se ve claro en el mandato de Jesús, que dará lugar a la fórmula bautismal definitiva: **«Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»**. Siempre el Bautismo es un Bautismo en la Trinidad.

Aquí hay que hacer una aclaración. Y es que el NT hace referencia a un Bautismo en el nombre de Jesús, así aparece en el discurso de Pedro que hemos leído. Y algunos han dicho que este bautismo, “en el nombre de Jesús” no era trinitario, lo cual no hace justicia a la realidad: que desde el principio se leyó el misterio de Jesús como parte del misterio de Dios, esto es, de la Trinidad. No podemos pararnos a explicar caso por caso, pero se podría mostrar cómo los casos en los que el NT habla de este bautismo “en el nombre de Jesús”, no significa que ese bautismo no sea en la Trinidad. Bautizar en el nombre de Jesús no indica una fórmula bautismal, indica sólo aquel en quien han creído. Pero la fórmula del Bautismo fue siempre la trinitaria e implica una fe también trinitaria. Tenemos un ejemplo de lo que estamos diciendo en la *Didajé* (s. II). Un documento donde se habla del Bautismo en el nombre de Jesús, pero que luego, cuando refiere la fórmula bautismal, dicha fórmula es la trinitaria derivada del mandato misionero de Jesús el final de Mt.

El testimonio de fe de los Apóstoles y el bautismo en la Trinidad fueron las dos fuerzas que dieron forma a este símbolo, que además entraba a formar parte de la celebración misma del Bautismo. Y es que junto al rito del Bautismo propiamente dicho, es decir la inmersión o la efusión del agua con la invocación trinitaria, apareció la profesión de fe, que se hizo parte del rito, indicando así que la aceptación y la incorporación al testimonio apostólico es el principio de la vida cristiana y abre al Bautismo.

La profesión en el interior de la liturgia bautismal tuvo al menos dos formas diversas: 1) una profesión de fe que se hacía antes del rito, en algunos sitios de forma interrogativa, en otro de forma declarativa. 2) O una profesión de fe de tipo interrogativo que se hacía de

forma simultánea a la inmersión y a la invocación de cada una de las Personas de la Trinidad.

Insistimos en una cosa: estos símbolos bautismales tuvieron siempre una estructura trinitaria e incluyeron las fórmulas cristológicas, sobre el ser y sobre la obra de Cristo, aunque todo ello combinado de forma diversa. Algunos símbolos añadieron la referencia cristológica al final de la mención trinitaria; otros, como ocurrió con el símbolo romano, incluyeron la confesión cristológica en el segundo artículo de la fórmula trinitaria. Y éste dio lugar al símbolo tal como lo tenemos ahora: una estructura trinitaria, con tres artículos fundamentales que confesaban al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; que incluyó primero una confesión de fe cristológica, sobre la persona y la obra de Jesús, como explicitación del segundo artículo; y que apostilló que el Padre es el todopoderoso, y la obra de la creación; y explicitó los frutos de la obra de Cristo y del Espíritu Santo: la realidad de la Iglesia, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna.

Lo que es un dato es que:

«Por doquier, en los primeros siglos los documentos nos muestran que la infusión o la inmersión bautismal y la profesión del símbolo (trinitario) son dos elementos inseparables de un mismo rito. Así ocurre en la *Didajé*, o en la *Carta de Clemente de Roma*, o en la *I Apología* de san Justino, etc. Es un dato que permanece constante»³.

De Lubac aporta noticias de cómo símbolo trinitario, oraciones trinitarias, catecumenado y Bautismo se muestran unidos en diversos lugares; algunas muy similares a la que la aparece en la *Traditio Apostolica* de Hipólito, como el testimonio de Teodoro de Mopsuestia, de la Iglesia siria.

La estrechísima unión que desde el principio existe entre el Bautismo en la Trinidad y la confesión de fe, que enseguida fue en todas partes la confesión de un símbolo muy parecido al romano, nos ayuda a entender que dicho símbolo tiene relación fundamentalmente con la Trinidad. Ella es su verdadero objeto y contenido.

³ *Ibid.*, 75

III. LA ESTRUCTURA TRINITARIA DEL SÍMBOLO

1. LA CONFESIÓN DE LA TRINIDAD

Volvamos por un momento a la leyenda sobre el origen material apostólico del símbolo.

Lo malo de la leyenda sobre símbolo de los Apóstoles, es que ha servido «de garantía a la repartición [quizá mejor “desmembración”] del texto del símbolo en doce artículos», hasta considerarla como su división originaria y fundamental. Pero es una división artificial, no corresponde a la estructura original del texto. Según esa división «podríamos sentirnos inducidos a pensar que nos hallamos en presencia de una lista de doce verdades... yuxtapuestas», sin más unidad que la de «la autoridad divina que nos garantiza y que nos impulsa a aceptarlos a todos por igual»⁴. «En una palabra, nuestro *Credo* no sería sino una especie de catálogo»⁵.

De hecho, la lectura del credo como mera yuxtaposición de 12 verdades hizo que los autores comenzasen hablando de una compilación de *la fe* (S. Ambrosio) para pasar pronto a hablar de una compilación de *creencias*. Es decir, se pasa de una realidad unitaria (la fe) a una realidad dispar (las creencias).

Sto. Tomás interpretó la palabra «artículo» con la que se designaba cada una de estas doce verdades, no como una simple enumeración, sino como elemento articulado de un cuerpo único de verdad, un cuerpo único de verdad dotado de unidad interna.

Pero la mayoría de los autores medievales y, posteriormente, del renacimiento y de la contra-reforma no siguieron a Sto. Tomás. Lo siguió el *Catecismo Romano*, pero no el catecismo de S. Pedro Canisio (1555–1565), modelo de la elaboración de numerosos catecismos posteriores.

«Semejante manera de ver las cosas desconoce la característica esencial de nuestro Credo. Lejos de ser una lista cualquiera, un catálogo, el Credo es un conjunto vigorosamente constituido. Tiene una estructura y es esencial que apreciemos esa estructura»⁶.

La estructura de este credo es clarísimamente ternaria, porque su sustancia es trinitaria: el objeto de la fe es la Trinidad y por eso la fe tiene una estructura trinitaria y así, de igual modo, su símbolo. El objeto de la fe, la fe y el símbolo de la fe están estrechamente vinculados.

⁴ *Ibid.*, 57

⁵ *Ibid.*, 58

⁶ *Ibid.*, 59

San Cesareo de Arlés (470-542) «no cesa de exigir a los fieles que se sepan de memoria el símbolo recibido en el bautismo, lo mismo que deben saberse el Padrenuestro, muestra la importancia capital que concede él a que todos se den cuenta perfectamente de su carácter trinitario»⁷.

Dice el santo:

«Como sabéis muy bien, amados míos, la fe de todos los cristianos consiste en la Trinidad. Y precisamente por eso os repetimos por tercera vez el texto del símbolo, a fin de que el número mismo de la repetición sea para vosotros una señal de la Trinidad» (79-80)

San Cesareo habla ya de nuestro símbolo. «Así que nuestro Credo, dividido superficialmente en doce artículos, es —en realidad— de naturaleza ternaria».

«La mención de las tres Personas divinas en el símbolo apostólico indica algo más que “tres grandes puntos de la doctrina cristiana”. Se trata, en él, de tres puntos que son de orden completamente distinto a todo lo demás —o más bien, de tres puntos que engloban plenamente todo lo demás—. Cualquiera que sea la forma en que se haga, la profesión de en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo ha constituido siempre no sólo la parte principal, sin también la armazón esencial de nuestro símbolo. “La fe de todos los cristianos consiste en la Trinidad”»⁸.

De ahí que se pueda decir que el símbolo mismo «se resume en la entrañable fórmula de la señal de la cruz: “En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”»⁹.

Por otro lado la fórmula de la signación con la cruz, que se mantiene aún hoy entre nosotros, al igual que la fórmula de la triple inmersión en el agua invocando cada una de las Personas después de la confesión tripartita del símbolo, ponen de manifiesto la interna fusión de la confesión de fe cristológica con la Trinitaria: reconocer que la participación en el misterio de Cristo es la puerta de conocimiento y de participación en la Trinidad. La señal de la cruz sobre nosotros o la inmersión en las aguas bautismales por tres veces a imagen de los días de Cristo en el sepulcro, seguida de su emersión, indican esta participación en la cruz y resurrección de Cristo, y así la participación en la vida trinitaria: Cf. Rm 6,3-4.11

⁷ *Ibid.*, 79

⁸ *Ibid.*, 82-83

⁹ *Ibid.*, 84

2. LA CONFESIÓN DEL DIOS UNO Y ÚNICO

«Tan sólo hay que hacer notar también que esta estructura ternaria del símbolo, que expresa con tanta energía la fe en la Trinidad, no expresa esta fe con detrimento de la unidad divina. La triple proclamación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo se hace bajo el signo de la unidad; de esa unidad que se posee desde el comienzo: *Credo in Deum*, o —en el símbolo de Nicea-Constantinopla—: *Credo in unum Deum*»¹⁰.

«Este Dios único y uno, sin duda no es directa y formalmente, la sustancia divina común a las tres Personas; es ya, aunque aún de una manera velada, el Padre; pero es el Padre en tanto que él es «la fuente de la divinidad» (*fons divinitatis*), y esta manera de hablar, totalmente espontánea, conforme con el lenguaje de la Escritura, es la afirmación más fuerte que existe de la unidad de Dios. “Ves que hay distinción de personas, pero todo este misterio de la Trinidad es uno”¹¹. Son palabras de S Ambrosio, que afirmará con fuerza que el uso de la expresión de “el nombre” en singular indica que la profesión de la Trinidad es también la profesión de la Unidad de Dios.

Esta doctrina de san Ambrosio será recogida por el CCE, n° 233: «Los cristianos son bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y no en los nombres de éstos, pues no hay más que un solo Dios, el Padre todopoderoso, y su Hijo único y el Espíritu Santo: la Santísima Trinidad»

«La fe cristiana no tiene tres objetos sino uno solo. Creemos en un solo Dios: esto no significa únicamente que excluimos todos los dioses del paganismo [...]. Esto significa además que conocemos la unidad interna del Dios único: *Deus unicus est unus*. Esta unidad interna no es sólo la unidad “de la naturaleza divina”, considerada —de algún modo— independiente de las Personas, tal como podríamos sentir la tentación de explicarla. Esto sería concebir una especie de divinidad impersonal y quedarnos luego sin defensa contra una tendencia inversa al triteísmo, en cuanto se reintrodujera la consideración de las tres Personas»¹². Tenemos dos peligros siempre latentes: el unitarismo y el triteísmo.

Y S Agustín: «Decimos “una esencia o sustancia y tres personas”. Tal es la fórmula que muchos latinos, que han tratado de estas cuestiones y merecen crédito, han empleado a falta de encontrar una expresión más justa para traducir en palabras lo que sin palabras concebían» (*De Trinitate* 5,9,10)¹³.

¹⁰ *Ibid.*, 84

¹¹ *Ibid.*, 86

¹² *Ibid.*, 86

¹³ SAN AGUSTÍN, *De Trinitate* 5,9,10; en: HENRI DE LUBAC, *La Fe Cristiana* (FAX, Madrid 1970) 88

«Es necesario solamente tener un gran cuidado en mantener siempre “la unidad interna de la unicidad y de la Trinidad de Dios”». Igual que no conviene imaginar las Tres personas como tres que puedan vivir por separado, «es necesario no perder de vista que la unidad divina no es la de una naturaleza abstracta e impersonal. La unidad divina es la unidad de Dios mismo, la unidad del Dios vivo, de un Dios que ciertamente no carece de naturaleza, sino que su naturaleza es tan eminentemente personal que hay que decirla — balbuceando— tri-personal» .

La mejor forma de entrever la Unicidad y la Trinidad de Dios es a partir de la revelación de 1 Jn 4,8: Dios es amor. En nuestras relaciones humanas, el amor produce como fruto la reducción de la pluralidad a la unidad, sin destruir nunca la diversidad de las personas que se aman...

CONCLUSIÓN:

¿Qué tenemos en el credo?

—Una oración que nos mueve a confesar la

- Al Dios único y uno que es Trinidad
- Al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo
- A Jesucristo, verdadero hombre, como Dios y Señor («Señor mío y Dios mío»)